

El Diálogo: utopía y realidad

Patricio García Barriuso

¿Qué es lo que nos está pasando? ¿Qué ocurre en nuestra sociedad? Nos lo preguntamos todos, porque sentimos que no nos encontramos bien. Nos está pasando algo. O sufrimos la pérdida de un ser querido, o nos aqueja alguna enfermedad incurable, o nos perturba profundamente un cambio político. Siempre nos está pasando algo. En este tiempo advertimos que nos acontece algo singular. Debe ser que no somos capaces de entablar un diálogo liberador con el entorno. Y tenemos tantas ganas de dialogar, ansiamos tanto el poder entrar en comunión... Dialogar lo vamos a entender como esa posibilidad humana de asumir de alguna manera el punto de vista del otro, quedar fecundado por él, enriquecerse a su vez el otro por mi manera de ver y acercarnos cada vez más los dos juntos a la luz.

Tres desajustes serios padece sensiblemente nuestro hombre que le entorpecen el diálogo: la falta de palabra, la confusión y el afán de poder.

Enfermedades del diálogo

1. La falta de palabra

¿Quién soy yo? ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido de la vida humana?, se pregunta Gevaert al comienzo de su reflexión sobre el hombre. Estos y otros interrogantes parecidos dominan hoy todo el ambiente cultural. A primera vista da la impresión de que la humanidad, en el momento presente, se encuentra más madura que en los tiempos pasados para dar una respuesta a estas cuestiones. Porque nunca ha sido tan amplio y tan especializado el desarrollo de las ciencias del hombre: biología, fisiología, psicología, medicina, sociología,

economía, política, etc. Parecerá, pues, que nunca como ahora debiera conocerse la realidad humana y los medios para liberarla de su situación. Y hete aquí que este aumento vertiginoso de los conocimientos analíticos y el progresivo perderse por los laberintos de las especializaciones ha diluido nuestros conocimientos en una nebulosa de incertidumbre acerca de lo que constituye el ser profundo del hombre. Max Scheler refiere: «La multitud creciente de ciencias especiales que se ocupan del hombre ocultan de éste mucho más de lo que iluminan, por muy valiosas que sean»¹.

Por otra parte, se ha hecho tabla rasa de las tradiciones, las religiones han perdido su peso específico en la conciencia de las gentes, de ahí que ya no sepamos lo que tenemos que hacer, qué nos sea posible esperar, si nos podemos de veras conocer; en una palabra, no sabemos lo que somos. No podemos hablar. Nos hemos quedado sin habla.

2. La confusión

Sí, cada vez que hablamos a los otros y escuchamos lo que ellos nos dicen, vamos teniendo la impresión de que usamos lenguajes distintos y de que todo es confusión. Como si pronunciáramos vocablos de otros mundos. ¿Quién puede hoy saber lo que significan palabras como libertad, democracia, socialismo? ¿O aquella otra de modernidad? ¿Sabe alguien el sentido de los derechos humanos asumidos generosamente por casi todos los países del mundo e interpretados tan variopintamente por las democracias del orbe? Aquí nadie se entiende y están hablando todos un mismo lenguaje. No se puede hablar. Todas las hablas son distintas.

3. El afán de poder

Pero todos coinciden en que la palabra tiene un inmenso poder. Hablar, poseer la palabra, ser dueño de los poderosísimos medios de comunicación social que difunden las palabras, martillar constantemente los oídos de las gentes con las mismas palabras debe ser algo inmensamente rentable, pues los hombres se aprestan avaramente a no quedarse nunca sin palabra. Hablar de esta manera es dominar, conformar a los humanos al modo y semejanza del que habla, succionar su alma, aniquilar su personalidad. Si las personas no resisten, se ha acabado el diálogo porque allí no habla más que uno; si, por el contrario, se inicia la resistencia, ha comenzado la guerra, y dialogar es entrar en conflicto. Las palabras no se acogen, se repelen. El otro que me habla se ha constituido en mi rival, se apodera de mi aire, ocupa parte de mi espacio, es

¹ Cfr. *El puesto del hombre en el cosmos*. Madrid, 1929, p. 18.

obstáculo a mi libertad. El hombre que aspira al diálogo auténtico se vuelve hacia lo imposible. Somos una pasión inútil.

¿Se habrá quedado el hombre sin palabras? ¿No significarán nada estos vocablos? ¿El diálogo se habrá tornado imposible?

Posibilidad del diálogo

Para hablar hay que coincidir en algo. No se puede entrar en comunicación con algo que sea totalmente inaccesible. Tienen que estar las cosas al alcance para poder ponerse en su punto de vista. Como bellamente refería Ortega: «La textura del ser tiene que ser parecida a la del conocer».

Algunos han pretendido que la «textura del ser coincida plenamente con la del pensar, es decir, que el ser funcione y sea lo mismo que el pensar. Esta es la gran tesis del racionalismo —máximo optimismo gnoseológico—. Si, en efecto, fuera así, para conocer bastaría con que el pensamiento se pensase a sí mismo, seguro de que fuera de él la realidad dócilmente, por obediencia a las mismas leyes que el pensamiento o *logos*, coincidirá con ese análisis interno del pensamiento»².

Afortunadamente, la vida va a despertar a este hombre de su sueño fantástico. No coincide en todo el pensar con la realidad.

Ni siquiera la representa cabalmente. Qué más quisiéramos los humanos que nuestra mente espejase limpiamente la realidad. El mismo Wittgenstein, en su primera época, concibió a la mente como una especie de mapa invisible que iba registrando detalladamente la orografía del mundo. Si así sucedieran las cosas, no tendrían dificultad en entenderse los hombres. Cómo no darnos a entender si todos pensamos y hablamos de las mismas cosas y de la misma manera. Cómo no dialogar gozosamente si se coincide en todo.

De hecho, las cosas no son así. Las maneras tan dispares de entender las cosas, aun emitiendo todos los mismos sonidos, hace sospechar que la comunicación, el diálogo, el estar uno en el alma de los otros, no es más que un bello ideal. El mundo es también opaco, resistente y misterioso. Quién sabe si la tela del pensamiento y de la realidad no provienen del mismo paño y las orillas se hallan tan a lo lejos que no es posible tender puentes. En algunos momentos, las cosas nos parecen absolutamente distintas. ¿Para qué dialogar, pues? Si no sabemos si nosotros mismos llegamos a algo, y aun sabiéndolo, vete a ver si estas palabras significan para todos lo mismo. ¿Qué hacer, entonces? ¿Será el ser totalmente distinto del conocer? ¿No habrá posibilidad de coincidir en algo? Ortega atisba una solución:

«La realidad, precisamente por serlo y hallarse fuera de nuestras mentes individuales, sólo puede llegar a nosotros multiplicándose en mil caras y haces. Desde el Escorial, vigoroso imperio de la piedra y de la geometría donde he

² ORTEGA Y GASSET, J., O.C. VII, 1961, pp. 325-326.

asentado mi alma, veo en primer lugar el curvo brazo ciclópeo que tiende hacia Madrid la sierra del Guadarrama. El hombre de Segovia, desde su tierra roja, divisa la vertiente opuesta. ¿Tendrá sentido que disputásemos los dos sobre cuál de ambas visiones es verdadera? Ambas lo son ciertamente, y ciertamente por ser distintas. Si la sierra materna fuera una ficción o una abstracción o una alucinación, podrían coincidir la pupila del espectador segoviano y la mía. Pero la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa fatalmente en el universo (...) La verdad, lo real, el universo, la vida —como queráis llamarlo—, se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da hacia un individuo. Si éste ha sabido ser fiel a su punto de vista, si ha resistido a la eterna seducción de cambiar su retina por otra imaginaria, lo que verá será un aspecto real del mundo (...) Sólo entre todos los humanos llegará a ser vivido lo humano»³.

Pero Ortega no da al fin ninguna solución. Porque si nadie está equivocado, si cada uno habla de lo suyo y de lo otro no puede hacer mención porque no está colocado en su punto de vista, el diálogo, a la postre, se ha convertido en una eterna sucesión de monólogos y, por ende, del todo inviabile. Porque no se encuentran los *logos* nunca en nada. ¿No habrá, entonces, salida al ansia de comunión que alberga el corazón humano?

Los neopositivistas piensan que lugar de encuentro de todos los *logos* humanos tiene que ser la realidad. Situándonos en ella podremos entendernos los mortales. Atengámonos, pues, a la realidad. ¿Qué es la realidad? ¿Qué es lo dado?

Para la corriente fenomenalista, lo dado es la experiencia sensorial como experiencia mía, de tal manera que el enunciado observacional no hace más que expresar en un lenguaje singular las sensaciones que estoy teniendo. Y es justamente esa inmediatez de mis contenidos sensoriales (*sense-data*) lo que hace indubitamente verdadero el enunciado observacional, salvo el caso deliberado de mentir, pero en este caso, el mentiroso sabe que está mintiendo y sabe, por tanto, que su contenido sensorial es el de una mancha roja, aunque él diga que es verde⁴. Dicho en otras palabras, lo claro es mi experiencia. Pero si hay algo más allá de ella, no lo sabemos. Las experiencias mías son vivencias. Estas son mías y no de otro, son ocasionales y no permanentes. ¿Cómo, pues, a partir de vivencias se puede reconstruir un mundo objetivo? ¿Cómo pasar de la subjetividad a la intersubjetividad? O se mantiene el conocimiento humano dentro de un solipsismo o se inicia un reconstruccionismo reductivista, al menos metodológicamente, según el cual, el espacio, el tiempo, el yo, los sujetos, los otros yo, etc., han de fundamentar su valor epistemológico en la capacidad de ser contruidos desde las vivencias más simples⁵. Y ¿quién puede asegurar que esa reconstrucción del mundo responde realmente a lo que el

³ Cfr. O.C. II, 1961, p. 19.

⁴ Cfr. SCHLICK: *Sobre el fundamento del conocimiento*, en AYER, A.J. *Los problemas centrales de la filosofía*. Alianza Editorial. Madrid, 1979, pp. 226-232.

⁵ BLASCO, J. L.: *Significado y experiencia*. Ed. Península. Barcelona, 1984, p. 42.

mundo es? Si lo dado no es otra cosa que mis vivencias, no hay posibilidad de aceptar un diálogo serio sobre cualquier otra cosa que exista más allá de mis sensaciones. Carnap abandonó éste que fue algún tiempo su proyecto.

A pesar de todo, algunos pensadores como Ayer siguen manteniendo críticamente un lenguaje de objetos para expresar realidades que en el fondo no son sino vivencias. Se reconoce que no puede conseguirse una acabada versión de las mismas, pero que hay que elegir un lenguaje.

No lleva a ningún sitio este camino. Todos sabemos, y lo advertió agudamente Wittgenstein, que el lenguaje que usamos ordinariamente para hablar de las cosas de este mundo es polisémico. Sí, hay ciertos «aires de familia», pero cada vocablo significa cosas muy diferentes. Y sobre todo queda irresuelta la dificultad de fondo: ¿cómo hablar de algo exterior a mí, a lo cual no tengo ningún acceso ni puedo pasarme a ello?

¿Qué es lo dado? No sabemos intersubjetivamente lo que es. No coincidimos en nada. El fisicalismo —la otra corriente del neopositivismo— quiere abrir ventanas por donde penetre la luz. Cambiemos —dice— esos enunciados vivenciales en proposiciones rigurosas, precisas, científicas. Reduzcámoslo todo a lenguaje físico. Dicho de otra manera: abandonemos vocablos oscuros como emoción, percepción, sensación, etc., y reconvirtámoslos en enunciados matemáticos. ¿Qué resulta al final? Que se habla de hechos físicos mediante teorías físicas, lo cual —sea dicho de pasada— es la única manera como se puede hablar de los hechos físicos. La observación se convierte en teoría acerca de la observación y la experiencia en teoría acerca de la experiencia y lo dado en teoría acerca de lo dado. «Un enunciado se confronta siempre con otro enunciado o con el sistema de enunciados, nunca con la "realidad"». Así Neurath⁶. Verdad no significa otra cosa que coherencia. ¿Qué puede denotar, entonces, dialogar? Sí, ciertamente, hablar todos coherentemente un mismo lenguaje que no se sabe si dice algo acerca de la realidad. Diálogo vacío. No se habla de nada⁷.

Eso que se anunciaba en el neopositivismo como el principio último a qué atenerse para hablar correctamente acerca de las cosas —lo dado—, eso en que todos íbamos a coincidir para lograr entendernos —lo dado— se ha convertido en un vacío para decir algo coincidente entre todos los hombres. ¿Qué es lo dado?

Zubiri apunta certeramente: «¿Cómo puede restringirse lo dado a ser simplemente una vivencia? El sentir es una realidad *sui generis*. En todo sentir el hombre «se» siente a sí mismo; «se» siente, o bien o mal, agradable o incómodamente, etc. Pero, además, este su sentir es sentir algo que en aquel sentir adquiere sentido; se siente un sonido, un aroma, etc. El sentir, como realidad, es la patencia «real» de algo. En su virtud, podemos decir que el sentir

⁶ NEURATH O.: *Sociología en fisicalismo*, en AYER, J.C., o.c., p. 296.

⁷ Ha sido BLASCO, J.L. en su obra citada el que me ha proporcionado interesantes observaciones sobre los autores neopositivistas.

es la primaria realidad de la verdad. Es posible que no todo lo que el hombre sienta sea realidad independiente de su sentir. Pero la ilusión y la irrealidad sólo pueden darse precisamente porque todo sentir es real y nos hace *patente* la realidad; la ilusión consistiría en tomar por real una cosa que no lo es»⁸.

Lo dado, pues, es *la realidad sentida*, que no es sólo un aspecto de la misma, sino que es *la* realidad aunque patentizada o *sentida* sólo inicialmente y desde una perspectiva.

En lo que modestamente, pues, todos coincidimos al hablar es en la realidad. En la realidad que llega a nosotros multiplicándose en mil caras y haces: es diversa en sí misma y en la retina del sujeto que la percibe. En la realidad que se nos muestra siempre la misma en las innumerables caras que nos muestra y en la filigrana que dibuja nuestra mente constructora. Toda la catedral vibra en cada una de sus agujas y en la retina del último paseante. Cada aguja tiene su escorzo y toda pupila espeja las torres diversamente. La realidad es unidad y multiplicidad, es comunidad y variedad.

En el hombre cabe todo. El hombre, como «animal de realidades», está abierto a todo y puede establecer relaciones con cualquier cosa, aunque sea sólo desde su punto de vista. Por estar abierto a todo, puede ponerse en la situación de cualquiera que también se halla abierto a lo mismo. Pero por estarlo sólo finitamente, nunca jamás logrará colocarse en el sitio del otro, al modo de él, ver el mundo tal y cual el otro lo ve. Mi punto de vista nunca será el suyo. Serán horizontes que se aproximen, puntos de vista que se acerquen, líneas que converjan, pero nunca coincidirán puntualmente. Estamos todos en lo mismo, coincidimos en todo, pero de una manera diferente. Se puede llegar a estar de acuerdo en todo, pero no totalmente. El conflicto y la incompreensión son inherentes a la vida humana. Y esto ha sido puesto de relieve por algunos pensadores contemporáneos al hablar de la «incomunicación humana», de la soledad del hombre, de su aislamiento psicosocial, cultural, étnico, geográfico, lingüístico y hasta religioso-místico. Es verdad que todo esto se ha polarizado excesivamente, pero continúa siendo exacto en algún sentido. El hombre siempre es un punto de vista.

Dialogar es, según esto, algo posible y dialogar es algo imposible. Ser hombre es comunicarse y ser hombre es incomunicarse. Hablar es coincidir en algo. Hablar es no coincidir en nada.

Necesidad del diálogo

El hombre necesita entrar en comunicación con el mundo y con los demás. Ya lo está desde siempre —ser hombre es comunicarse— pero anhela relacionarse más. Con el mundo aspira a dialogar penetrando en su punto de vista de una manera desinteresada para saciar su hambre de saber y también

⁸ ZUBIRI, X.: *Naturaleza, Historia, Dios*. Edit. Nacional. Madrid, 1978, p. 49.

para ponerlo a su servicio, una vez dominado. Con los otros hombres anhela entrar en comunión de una manera desinteresada para colmar sus afanes de exploración y también para la expansión y dilatación personal. De muchas maneras se necesita entablar la relación. Se necesita sobre todo de esta mediación de la palabra.

1. La palabra como autorrealización

Diríamos que este modo de relacionarnos que es el lenguaje nos da identidad. George Steiner decía que nada destruye más certeramente al ser humano que el silencio de otro ser humano. Cuando uno habla y el otro no quiere contestar y no se da la comunicación deseada, los hombres se autodestruyen. Esos torturadores que han querido enloquecer a sus víctimas las han encerrado en celdas vacías y las han privado hasta de que su grito y su insulto pudieran ser escuchados. Saber que un grito puede ser oído —no importa que no sea atendido— anuncia una liberación.

Además, el pensamiento del hombre no adquiere perfiles hasta que no es articulado de una u otra forma en palabra, signo significativo para los demás. El pensamiento se realiza siempre y necesariamente como pensamiento parlante. Incluso cuando me encierro en mi habitación para pensar, sigo hablando conmigo mismo, busco fórmulas para aclarar mi pensamiento. El pensamiento llega a su consumación bajo la forma de pensamiento hablado, está estructurado para ser dicho a los demás, reclama maneras dialogales. Pensar en algún modo es hablar. Hablar es dialogar. Dialogar es adquirir identidad.

2. La palabra como inserción en el mundo

¿Cómo llega el hombre a descifrar el enigma del mundo, saber un poco de él y no perderse aturdido en la maraña de informaciones que de todas partes le llegan? ¿Cómo consigue desplegar sus capacidades humanas de comprensión y ponerlas a punto? Esos infantes que fueron alejados de la comunidad humana nada más ver la luz y se vieron privados de ese medio de comunicación que es el lenguaje, ni siquiera aprendieron a pensar, no dieron señales de que eran seres pensantes. Necesitamos hablar si es que queremos ingresar inteligentemente en este mundo. Decía Kant que aprendemos a pensar aprendiendo a hablar. Y gracias a las palabras los hombres no sólo descubrimos en un principio la luz, sino que marchamos por la vida iluminados.

3. La palabra como terapia

La palabra también cura. Porque de tanto en tanto los hombres nos ponemos enfermos, enfermos porque ese torrente interior que bulle clamoro-

samente muy dentro no logra expansión, porque esa afectividad atormentada, hecha un nudo de pesares y conflictos no puede desatarse en palabras que pueden ser escuchadas por alguien. Sólo cuando esa interioridad se torna palabra, el sujeto humano se descarga, el problema de dentro se aclara, el mundo vivencial del sujeto es sometido a señorío y los hombres retornan a la normalidad y a la paz. La palabra es una liberación.

4. La palabra como garantía de objetividad

El diálogo, decimos, es garantía de objetividad. Porque el pensamiento solitario corre el riesgo de volverse esquizofrénico. Los choques de la experiencia no bastan para rectificar, pues el hombre es capaz de inventarse las hipótesis más extrañas para interpretar o neutralizar los datos de la experiencia. Es en el contraste de pareceres donde suele aparecer la chispa de la verdad. Los escolásticos hicieron su filosofía en la escuela, y su camino preferido para la búsqueda de la verdad era el debate público. San Agustín nos recordaba que nada desea el hombre más ardientemente que la verdad. Pues bien, nadie está seguro de hallarse en la verdad si no experimenta que aquello que él cree verdadero es capaz de ser verdad para los demás. La verdad es un valor universal. Y una manera de verificar la universalidad es que de hecho sea reconocida como tal por todo el mundo. Claro que el hecho de que no se reconozca algo como verdadero no altera su condición de verdadero; sin embargo, podemos estar moralmente ciertos de que si nuestra hipótesis no es en manera alguna aceptada no es verdadera. El consenso no es criterio apodíctico de verdad, pero es buen garante de objetividad.

Limitación del diálogo

Esta necesidad de dialogar, que llevada a su término consigue dar identidad al hombre, insertarlo en el mundo, desvelar la realidad, curarlo de sus males, acercarlo a la verdad, importa también aspectos negativos.

El hablar, el dialogar, es una pretensión utópica. Suele tener tantas el hombre... Eso de estar en el punto de vista del otro, quedar iluminado por su palabra, enriquecernos mutuamente y acercarnos los dos a la verdad, eso... es una pasión de ultimidad.

La palabra oral o escrita, si es que ha de ser auténtica, tiene que lograr dos cosas que parece imposible cohesionar: «ser inteligible, sin más, y a la vez, modificar el uso ordinario del idioma»⁹. Es decir, tiene que posibilitar que las palabras comunes adquieran estilo, tengan sello personal y transparenten un fondo singular. Todo esto... es una faena utópica. Por mucho que las palabras se

⁹ ORTEGA Y GASSET, J., O.C. V, p. 435.

esfuerzen en traducir el punto de vista de alguien, la pretensión va a ser casi vana, porque lo personal, lo único y lo irrepitible, está desajustado en vocablos impersonales, comunes y repetibles. Toda existencia humana es una excepción.

Por eso, «conforme avanza la conversación, la personalidad de cada uno se va disociando progresivamente; una parte de ella atiende a lo que se dice, mientras la otra, atraída por el tema mismo, como el pájaro por la serpiente, se retrae cada vez más hacia su último fondo y se dedica a pensar el asunto. Al conversar vivimos en sociedad, al pensar nos quedamos solos (...) El diálogo ha engendrado el silencio y la soledad inicial precipita en soledades»¹⁰.

Nadie como Kierkegaard ha subrayado el carácter solitario de una existencia auténtica. La existencia absoluta, que es la de la fe, es inconmensurable con todo medio de expresión adecuado.

Cada lengua, por otra parte, «parcela» de manera diferente el contenido de la realidad. El francés, el inglés o cualquier otro idioma están hechos por unos hombres que se han sensibilizado hacia una porción de la realidad que es la que han dejado impresionada en el lenguaje.

«En Eise hay treinta y tres palabras para expresar otras tantas formas diferentes del andar humano, del «ir». En árabe existen cinco mil setecientos catorce nombres para el camello. Evidentemente, no es fácil que se pongan de acuerdo sobre el jorobado animal un nómada de la Arabia desierta y un fabricante de Glasgow»¹¹.

Asimismo, habrá que tener en cuenta que lo que hoy se siente y que tiene una peculiaridad distinta de lo de ayer, tiene que estar vertido en el lenguaje de siempre. Las palabras vienen de lejos, tienen historia, hay en ellas resonancias de origen, están ya fabricadas hace mucho tiempo. Por eso, anota Ortega, hace tiempo que la humanidad no habla en serio.

«Si yo digo que "el sol sale por Oriente", lo que mis palabras, por tanto, la lengua *en que* me expreso, propiamente dicen es que un ente de sexo varonil y capaz de actos espontáneos —lo llamo "sol"— ejecuta la acción de "salir", esto es, brincar, y que lo hace por un sitio de entre los sitios que es por donde se producen los nacimientos: Oriente. Ahora bien, yo no quiero decir nada de eso en serio; yo no creo que el sol sea un varón ni un sujeto capaz de actuaciones espontáneas, ni que ese su "salir" sea una cosa que él hace por sí, ni que en esa parte del espacio acontezcan con especialidad los nacimientos»¹².

Es verdad que lo que sucede se parece un poco a eso. Pero las cosas no son exactamente así. Las palabras son parábolas. Alcanzan la realidad actual desde una perspectiva de pasado que, en parte, ya no tiene vigencia.

Dialogar con esos instrumentos, aunque no tengamos otros, no deja de ser una limitación. Se llega a lo otro, pero, claro, uno aspira a más. El diálogo es una tarea utópica.

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, J., O.C. V, p. 437.

¹¹ *Ib.*, p. 447.

¹² *Ib.*, p. 446.

Pluralidad de diálogos

No existe una manera de hablar, como tampoco de dialogar. Esta historia la hace discurrir el hombre de mil formas distintas.

1. Diálogo agresivo

Se puede iniciar un diálogo, pero obligándole al otro a hablar. Sí, se establece una comunicación, pero ésta es agresiva. Heidegger la ha calificado de «objetiva». Objetiva porque al obligarle al otro a hablar no respeta su libertad y por lo mismo reduce a la persona a mero objeto. Esta manera de tratar a las cosas se ha disparado en la modernidad y ha adquirido matices diversos. Se la ha extremado tanto que, por ejemplo, la pelota que se le escapa al niño por la calle pendiente ha quedado reducida a una esfera perfecta que rueda por un plano inclinado y sin roces, y su comportamiento se ha fijado para siempre en la ley del plano inclinado. El mundo se ha vuelto un teorema y todo está escrito en caracteres matemáticos.

Al ser todo transparente y sin misterio, se lo puede dominar con facilidad. No tendrá que hacer otra cosa el hombre que pulsar ligeramente un botón para modificar el mundo a su placer.

A nosotros, hombres de hoy, nos resulta este universo normal y hasta gratificante, pero puede llegar a ser mortal. Podemos dominar a nuestros semejantes. Es tan rentable, además, conseguir que el otro hable como yo quiero, que me compre siempre: sea mi cliente; que me sirva siempre: sea mi militante; que desposite una papeleta en las urnas con mi nombre: sea mi votante...

Dialogar así es una manera de manipular. Dialogar no es ponerse en el punto de vista del otro; es, según esto, en buena parte, escucharse a sí mismo. Trae esto sus ventajas cuando es la realidad inferior al hombre la que se pone a sus pies, pero se acabó el diálogo y la comunión al oír el hombre casi sólo su interior. En las investigaciones de dinámica de grupos se ha descubierto que, en términos de comunicación, la persona más activa es el líder, es decir, el individuo que tiene más poder en el grupo y que, en general, las personas de más alto *status* social suelen hablar más que las personas de bajo *status*¹³. Una de las razones explicativas de la comunicación es el deseo de control y dominio de los demás¹⁴.

¹³ Cfr. PASTOR RAMOS, G.: *Ensayo de psicología social sistemática*. Salamanca, 1978, p. 257.

¹⁴ *Ib.*, p. 257.

2. Diálogo autopresentativo

Muy relacionada con la motivación del poder —señalan los psicólogos— está la motivación del prestigio. Los hombres hablan o dialogan con los otros a veces para adquirir prestigio, para ejercer una especie de fascinación sobre los otros, para hacerles nuestros admiradores. Goffman ha puesto de relieve la importancia que tiene en la comunicación la administración o *manejo de impresiones*, y compara el comportamiento intersubjetivo cara a cara a una actuación teatral. Los que participan en el interior se asemejan a los actores que en el escenario de la vida representan cada uno un papel pidiendo que el público aplauda. Los individuos se revisten de ciertos roles sociales y procuran proporcionar una representación creíble del personaje que se supone va con ese rol, dando muestras de valor, modestia o sagacidad, según lo exija la ocasión. Esta «presentación del propio yo» siempre está idealizada, pero se espera que se tome muy en serio¹⁵.

Hablar o dialogar con el otro es una permanente manera de acicalamiento personal puesta la mirada en el de enfrente para atraer su atención, una especie de coquetería...

3. Diálogo evasivo

Se puede hablar para muchas cosas. También para evadirse. Existe un hablar que Heidegger calificó de charlatanería que consiste en hablar de las cosas sin comprenderlas verdaderamente, repitiendo simplemente lo que «se» dice. Entonces, el habla, más que apertura al mundo y diálogo con el entorno, es cerrazón y encubrimiento, tanto más cuanto que en las habladurías se suele estar «al cabo de la calle», con lo que huelga toda actitud dubitativa. Lo hablado adquiere autoridad, porque es la «opinión pública» y lo dice «todo el mundo»; por eso nadie duda de nada. Parece que se entienden los hombres y logran ponerse de acuerdo. Allí nadie dice, «se» dice. El que se evade no está en nada. No puede dialogar en serio de nada.

Y una forma de evadirse es pasar ligeramente por todas las cosas sin posarse. El curioso todo lo toca, salta enseguida de una a otra cosa sin detenerse, cambia constantemente y al final no entiende. El curioso no habla en serio.

4. Diálogo contemplativo

No logra el hombre con estas maneras de comunicación que hemos descrito mirar desinteresadamente al otro, ponerse en su punto de vista. Algo de sí arroja la realidad cuando se la manipula experimentándola o fascinándola o

¹⁵ Cfr. DANZINGER, K.: *Comunicación interpersonal*. México, 1982, pp. 30-34.

curioseándola, pero de hecho esa imagen desfigura un poco el original. Vamos, que la pelota que se le escapa al niño por la pendiente de su casa es algo más que una esfera y el hombre que queda seducido por mi producto tiene también un corazón.

Se puede entablar diálogo con los hombres y con las cosas para dominarlas y ponerlas a nuestro servicio —y, en algunos casos, esto es legítimo y rentable—, pero también es posible iniciar una relación con el otro para venerarlo, para adorarlo, para quedarse extasiado pendiente de su ser. Heidegger hablaba de ponerse a la luz del ser para quedar iluminado por él. Así se han acercado a la realidad los poetas, los místicos, los orientales que se anuncian como los nuevos hombres del siglo. No hablan, escuchan, sobre todo, el rumor del universo, ese «pío universal» de que hablaba Fr. Luis de León con que todos los seres suspiran por lo Uno. No se acercan a las cosas, se alejan de ellas, dejan un espacio libre entre ambos para que la realidad inmensa, misteriosa, enigmática y fascinadora tenga un ámbito propio en que relumbrar y destellar. Ella de sí misma pide una distancia para sentirse bien y una lejanía para verse adecuadamente. El primer movimiento no comienza decisivamente por un paso adelante, sino por un retroceso. Es que la realidad no es sólo un instrumento a manejar, sino una presencia a distancia para venerar. Las cosas y el hombre. El hombre como fin en sí mismo, totalidad casi acabada, un casi cielo en la tierra, «res sacra» que diría Séneca, «esa manera finita de ser Dios» como gusta de llamarlo Zubiri. Sólo las almas piadosas pueden captar el misterio profundo de la personalidad. Porque se requiere una unción singular para no atropellar en nuestra carrera a lo creado. Estos hombres, los contemplativos, no atropellan nada, respetan todo, no cogen el misterio, se dejan sobrecoger por él, no atrapan en sus mallas la realidad, quedan ellos prendidos de la misma.

Es ésta una manera más limpia de acercarse al entorno y quedarse en su punto de vista. Y es que la realidad cuando se siente mirada, inspeccionada, observada, sobre todo la realidad humana, se esconde. No está hecha la intimidad para tanto intruso. Por eso, cuando se la escucha sin tocar, se la acompaña sin aturdir, ella sola se expresa y se desvela con espontaneidad y libertad. Dialogar así lleva consigo un clima. Dialogar así es contemplar, escuchar, callar... Y si alguna vez se habla no se usa ese lenguaje mostrenco y uniforme de la ciencia y de la técnica, ni siquiera resuena en aquellos momentos la voz de la plazuela, todo allí se viste de originalidad y misterio. Es el lenguaje de la poesía, como decía Heidegger, y habría de ser el de la filosofía y ojalá el del diálogo. «Palabras como flores», en expresión de Hölderlin, y no palabras como computadores.

5. Diálogo efusivo

No logra el hombre, por mucho que se ponga a la escucha del ser, percibirlo sin ruidos. Hay muchas cosas que perturban: la estructura económica y social

que influye poderosamente en la manera de escuchar la realidad, así como su inconsciente apasionado y su historia personal y colectiva. Todo lo que le hunda en el aquí y en el ahora le sume en una perspectiva desfiguradora. Si el hombre pudiera ir más allá de su propia sombra o al menos purificar su mirada...

Habermas ha hablado de las condiciones ideales del diálogo, que serían a su vez las anticipadoras de una sociedad ideal. La comunicación no estaría deteriorada por influjos contingentes externos ni tampoco por represiones internas, sino dominada exclusivamente por la presión característica no opresora del mejor argumento. ¿Cuándo una situación comunicativa se hallará exenta de toda mutilación temática y de toda represión? Habermas llega a la conclusión de que sólo en el caso de que se dé un reparto simétrico, respecto a todos los posibles participantes en el discurso, de las posibilidades de tematizar y criticar toda opinión, cuando los participantes no engañen a los demás ni se engañen a sí mismos sobre sus propias intenciones y cuando quede excluido todo privilegio entre los participantes que cree obligaciones unilaterales. En una palabra, cuando no se busque más que la verdad, haya libertad plena en los participantes y se dé justicia de modo que cada cual se halle ante los demás en situación de igualdad no meramente formal, sino real¹⁶.

Pero todo esto supone una transformación de las condiciones sociopolíticas en las que se encuentran los hombres, una purificación de su luz interior, una verdadera conversión en su ser. Tiene que prevalecer entre nosotros un gran desinterés para dejarse iluminar por el otro y por la luz del ser. O, lo que es lo mismo, las palabras y el diálogo auténticos tienen que estar traspasados por el fuego del amor. Es el amor verdadero el que te identifica, te instala desinteresadamente en el otro, te injerta de alguna manera en su ser, en frase de Ortega.

No es que el amor entienda, sino que une tan sustancialmente al otro que la experiencia que de él se tiene, por ser tan cercana, no puede equivocarse.

A su vez, cuando alguien se siente querido, inicia su revelación. En ese ámbito comienza el hombre a efundirse, a desvelar su alma provocando al mismo tiempo una correspondencia en el amante. Dialogar ya no es sólo cuestión de cabeza, tiene que ver también el corazón. Hay momentos privilegiados, horas felices. Pero este diálogo no es cuestión de todos los días. Ni se logra con todos. Volar tan alto, tan alto, abate tanto, tanto, que no se le da a la caza alcance. Algunos han sospechado que esto no es conquista humana, sino don. Paul Claudel refiere: «Todo entra en guerra y movimiento al no estar sujeto por un principio superior»¹⁷.

¿Estaremos en guerra los hombres, no nos entenderemos, el diálogo se habrá vuelto imposible al no estar sujetos por un principio superior? No se trataría de un sometimiento destructor, sino de un juego creador. Cuando uno

¹⁶ Cfr. MENÉNDEZ UREÑA, E.: *La teoría crítica de la sociedad en Habermas*. Madrid, 1978, p. 122.

¹⁷ CLAUDEL, P.: *La Anunciación a María*. Madrid, 1971, p. 40.

acoge generosamente en su vida un valor superior queda realzado su ser. Es probable, apunta Malraux, que un creyente vea en la trascendencia, ante todo, el más poderoso medio de comunicación. Es indudable que para un no creyente el mayor interrogante de nuestro tiempo se convierte en éste: ¿puede existir comunión sin trascendencia? Y si no, ¿en qué puede basar el hombre sus valores supremos? ¿Sobre qué trascendencia no revelada puede basar su comunión? Si el hombre no es más que un robot, todo él se puede pisar. Y si el diálogo auténtico es cuestión de respeto, *en el fondo* un no creyente no encuentra para él justificación. Aunque no pueda menos de llenarse de admiración. Sí, porque también el hombre, por mucho que se encuentre mal explicado, infunde veneración.

Perspectivas del diálogo

Hay bases para una comunicación auténtica entre los seres. Hay también bases para la incomunicación. Cada hombre es un punto de vista.

La posmodernidad, con su gusto por la irresponsabilidad y la incoherencia, por el subjetivismo y la oscuridad, por la contradicción y la parcialidad, el escepticismo y la precariedad, la penuria y el nihilismo matizado, en expresiones de Carlos Díaz, no establece bases serias para el diálogo. Desde el momento en que nos sumergimos en la irracionalidad, es decir, en estratos inferiores al hombre, se torna imposible el *logos*. Y donde no hay *logos* no puede existir el diálogo.

Dialogar es una faena ilusoria y una acción utópica, pero puede haber vislumbres de él en la realidad. El hombre está abierto a todo, y por lo mismo, puede instalarse de algún modo en el otro, y quedar enriquecido por él y acercarse los dos juntos a la luz. El buen utopista, como señala Ortega, no se hace ninguna ilusión, no cree que lo que el hombre desea es sin más posible, sino que revolviéndose garboso contra la realidad, se esfuerza en reformarla en el sentido de lo imposible, que es lo único que tiene sentido¹⁸.

¹⁸ ORTEGA Y GASSET, J. O.C. V, p. 439.